

517543

Monseñor Dr. MIGUEL DE ANDREA
Obispo de Temnos

Reviviscencia Cristiana

Sermón pronunciado en la Iglesia de
San Miguel Arcángel, el domingo
de Resurrección, 5 de abril de 1953

EDITORIAL DIFUSION

Mons. MIGUEL DE ANDREA
Obispo de Temnos

517543

Reviviscencia Cristiana

RESURRECCION 1953

Sermón pronunciado en la iglesia de San Miguel
Arcángel el domingo 5 de abril de 1953

Colección "Doctrina" No. 57

EDITORIAL DIFUSION

URUGUAY
Cerrito 598
MONTEVIDEO

CHILE
Sto. Domingo 1261
SANTIAGO

ARGENTINA
Herrera 527
BUENOS AIRES

Surrexit non est hic

YA NO ESTÁ AQUÍ, RESUCITÓ

UNO de los misterios que con más evidencia pone de manifiesto la impotencia del hombre, es el de la vida. Por poderosa que sea su fuerza el hombre no puede ni crearla ni restituirla; y por penetrante que sea su inteligencia no alcanza ni a comprenderla ni a definirla.

El milagro de la resurrección de Lázaro realizado por Jesucristo en la última semana de su vida, exaltó con razón el entusiasmo del pueblo y este aumento de popularidad exasperó a sus enemigos y los decidió a precipitar su muerte.

La multitud formada por los admiradores y los adversarios de Jesús, se hallaba acrecida por los extranjeros llegados a Jerusalén para la celebración de la Pascua. Algunos de éstos solicitaron la mediación de los Apóstoles para acercarse a Jesús, quien advertido de ello, les dice: "Ya es tarde, se acerca la hora en que debe ser glorificado el Hijo del Hombre. En verdad os digo que mientras el grano de trigo

se halla al aire libre permanece infecundo, pero cuando se le entierra muere, germina y fructifica. ¡Oh! Padre glorifica tu Santo Nombre”.

En ese momento la muchedumbre fué presa de un estupor general, porque oyó una voz que bajaba del cielo con el estampido del trueno diciendo: “Ya lo he glorificado, y tornaré a glorificarlo”.

Había sido glorificado al resucitar a Lázaro, pero lo sería definitivamente al resucitarse a sí mismo. Jesucristo había dicho a los que conspiraban contra El: “Destruid, ya que lo tenéis resuelto, el templo vivo de mi cuerpo, pero sabed que al tercer día lo reconstruiré”.

Si se realizaba esta desconcertante profecía, quedaría evidenciado que es señor y árbitro de la vida, de la vida ajena y de la propia. Y ante todo el mundo quedaría documentada la evidencia de su Divinidad.

Los enemigos de Jesucristo, empeñados en aguardar un Mesías temporal, tomaron todas las precauciones para frustrar la creencia en la resurrección. Y eran lógicos porque si la resurrección se evidenciaba, ¿cómo podía el pueblo dejar de creer en la Divinidad de ese Mesías? Como primera medida obtuvieron del poder civil una custodia permanente de fuerzas imperiales. Medida ésta tan inocua como sería la de todos los poderes de la tierra

si se resolvieran a mancomunar sus fuerzas y apostarlas en el horizonte para impedir la salida del sol.

El taumaturgo que había de operar la sobrehumana maravilla, no llegaría de afuera; se hallaba dentro del sepulcro. Era la propia víctima; era el mismo Jesucristo que lo había profetizado; era la Divinidad que no se había separado ni de su cuerpo, ni de su alma. Y de la misma manera que cuando llegó la hora de su inmolación se entregó libremente a la muerte, cuando sonó la de su resurrección recuperó la vida para difundirla por el universo hasta el fin de los tiempos.

Comprobado el hecho, único en la historia de la humanidad, el santo sepulcro despertó un interés extraordinario. Los paganos reinstalaron sobre él sus dioses para neutralizarlo. Pero todos los siglos lo vindicaron. Promovieron guerras para conquistarlo, organizaron cruzadas para rescatarlo, multiplicaron peregrinaciones para venerarlo. Y ¿qué es lo que constituye la gloria extraordinaria de ese sepulcro? El hecho de ser el único en el mundo cuya celebridad dimana de una característica contraria a la que constituye la grandeza de todos los sepulcros de los hombres famosos de la tierra. Los sepulcros de los sabios, de los héroes, de los santos y de los mártires, son venerados porque guardan sus restos. El de

Jesucristo es el único entre todos los sepulcros del mundo, cuya gloria sobrehumana se funda en el hecho de haber quedado vacío. Su tumba abierta milagrosamente en la alborada del día de la resurrección, viene cantando como con labios graníticos el salmo de su gloria a través de los tiempos. Resulta único en la historia el contraste entre el "aquí yace" grabado en los sepulcros de los hombres y el "ya no está aquí porque resucitó" enunciado por el ángel a las tres Marías y a todas las generaciones humanas.

* * *

He dicho que el día de la resurrección Jesucristo recuperó la vida para difundirla incesantemente en todo el universo hasta el fin de los tiempos. Promover la permanente reviviscencia de esa vida espiritual en los individuos y las colectividades, es la misión del cristianismo auténtico. La subsistencia de este cristianismo es la contraprueba de la veracidad de la resurrección. El cristianismo no subsistiría si no hubiese existido la resurrección. No hay efecto sin causa.

En presencia de esta realidad evidente, paréceme necesaria y útil esta observación: Si el cristianismo es fuente perenne de reviviscencia espiritual para los individuos y las co-

lectividades, ¿cómo se explica que aquéllos y éstas adolezcan en ciertas épocas de las mismas ambiciones materialistas y bajezas morales que denigraron a la civilización pagana? ¿No hace veinte siglos que viene actuando el cristianismo? ¿Deberán estas abyecciones de nuestra época atribuirse a agotamiento o a intermitencias de la vitalidad espiritual? ¡Ah! ¡no! El cristianismo viene actuando desde hace veinte siglos pero no sobre los mismos individuos, ni sobre las mismas colectividades. Los individuos se renuevan y las colectividades cambian. Y el cristianismo debe comenzar a influir en cada nuevo individuo que viene al mundo, y en cada nueva colectividad que se constituye. Y téngase presente que la naturaleza humana opone una resistencia incesantemente renovada a la asimilación de la vida cristiana. Con evidencia meridiana nos lo ha revelado el Espíritu Santo por boca de San Pablo: "la carne lucha contra el espíritu". La vida auténticamente cristiana implica vencimiento, moderación, abnegación. No es posible vivir cristianamente sin crucificarse. Y la naturaleza humana es instintivamente propensa al egoísmo, al desenfreno, a todas las sollicitaciones positivistas. Por eso las épocas de debilitamiento de la fe quedan marcadas por el relajamiento de las costumbres. Y en ellas aparecen los que pretenden que el cris-

tianismo debe adaptarse a las modalidades de las épocas. La tesis contraria es la verdadera: las épocas deben conformarse a las normas del cristianismo.

Pero a pesar de todas las resistencias que constantemente renacen, yo creo en el avance y en la victoria definitiva del cristianismo para bien de la humanidad. Todos los eclipses son transitorios. Ha de llegar indefectiblemente el día en que toda la humanidad de Sur a Norte y de Oriente a Occidente constituya un solo rebaño bajo el cayado de un solo Pastor.

No nos dejemos impresionar por la lentitud del progreso de la civilización auténticamente cristiana. Reconozcamos que la causa está en nosotros. No atribuyamos al cristianismo las rémoras de las cuales somos culpables los cristianos. La culpa que buscamos fuera, se halla dentro de nosotros mismos. Confesemos nuestra culpabilidad. ¿Acaso no tardamos décadas en adquirir una sola virtud? ¿Acaso no pasamos la vida entera sin haber logrado la extirpación radical de un vicio? ¿Acaso no estamos comprobando cómo tantos de nuestros contemporáneos, a los veinte siglos de civilización cristiana se complacen en vivir divorciados del espiritualismo y amancebados con el más crudo materialismo? ¿Acaso no los vemos buscar afanosamente

todo cuanto halaga a la carne, sin preocuparse para nada de cuanto fortifica el espíritu? ¿Acaso no los oímos exaltar el bienestar material, mientras guardan silencio en lo que respecta al progreso moral?

Pero nada de todo esto puede atribuirse a falta de vitalidad del cristianismo, sino al rechazo de su asimilación por parte de muchísimos cristianos, porque ¡loado sea Dios! esta misma hora que para nosotros es de vergüenza está siendo de gloria para tantos pueblos oprimidos y subyugados, donde los cristianos auténticos con la firmeza de su moral y con el sacrificio de sus vidas están reeditando las páginas de la edad de oro de la primitiva era cristiana!

* * *

Tonificar el espíritu, rehabilitar la moral, vigorizar el alma de los individuos y cristianizar la colectividad, ¡he ahí nuestro deber en esta hora! Nos lo impone la misión espiritual que nos ha sido confiada y a la cual no podemos traicionar.

Los adversarios de Jesucristo iniciaron su proceso con dos acusaciones: la primera ante el tribunal de la autoridad religiosa y la segunda ante el de la autoridad civil. Pilatos era en Jerusalén el representante del César.

Constituído Jesucristo en su presencia, el juez lo interroga: "¿Eres tú rey de los judíos?" Jesús le responde: "¿Me lo preguntas por tu propia inspiración o haciéndote eco de la imputación que se me hace?" Y hecha la aclaración dice Jesús: "Mi reino no es de este mundo". Puedes por lo tanto, Pilatos, y puede el César a quien representas, estar tranquilo. Mi reino no viene a competir con el vuestro. Cuando la autoridad es legítima, mi reino contribuye a sostenerla porque mi doctrina enseña que toda autoridad legítima procede de Dios. Mi reino tampoco viene a disputar un solo palmo de vuestros dominios temporales, porque mi reino no es de los que se ejercen sobre una determinada extensión territorial, sino sobre las almas diseminadas sobre los territorios del universo. Mi reino es del mundo superior, del mundo del espíritu.

Pero no por ser espiritual la realeza de Jesucristo, deja de ser efectiva. Por eso la autoridad civil sintiéndose celosa al pensar que se halla frente a un émulo aun cuando lo sea en un orden diferente, replica: "¿Pero entonces eres rey?" ¿Cómo podría negarlo Jesucristo, si la suya es la más eficiente, la más honda, la más duradera de todas las realezas? Y así, le contesta categóricamente: Tú lo dices, soy rey. Para serlo he venido al mundo; pero para serlo no por el imperio de la

fuerza, sino de la verdad. Todo el que acepta la verdad escucha mi voz y todo el que escucha mi voz acepta la verdad y libremente la sigue. ¡Y sólo la verdad espontáneamente aceptada es lo que hace a los hombres libres!

¡Cuán antigua es la táctica de denunciar ante la autoridad como agitadores políticos a aquellos de los cuales se considera conveniente desentenderse! La calumnia política no es la más infamante pero es la más eficaz contra los calumniados. Es ésta una verdad que debemos tener presente los sacerdotes para perseverar en nuestra norma de prescindencia absoluta de toda militancia política. Me refiero a la política de bandería, a la política partidista. La única política que nos es permitida, o mejor dicho, que nos está ordenada es la contenida en la fórmula de Jesucristo: Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. La historia continúa confirmando la verdad de esta afirmación: la única política moralmente benéfica para la Iglesia es la de la prescindencia política.

Para el éxito de nuestra misión espiritual no debemos valernos, pues, ni de la política, ni de la fuerza. La fuerza no es apta para crear el convencimiento. A lo sumo puede ocasionar un sometimiento exterior: ¡corteza

de hierro dentro de la cual bulle la rebeldía hasta que suena la hora del estallido!

La única fuerza que nos es permitida y que nos está ordenada es la esgrimida por nuestro Divino Maestro, la de la verdad. El reino de Dios no se establece sobre esclavos sino sobre libres: "**Non servi sed liberi**". Lo único que liberta el espíritu es la verdad. "**Veritas liberabit vos**". La verdad os dará la libertad. Y a propósito de esta afirmación del Espíritu Santo, considero oportuno decir a cuantos pretenden extrañarse de mi persistente apostolado en defensa de la libertad, que mientras Dios me conserve la vida y las energías, no podré ni querré interrumpirlo porque debo y quiero ser hasta el fin, apóstol incorruptible de la verdad y la verdad es madre de la libertad!

* * *

Si vivificados por el espíritu, perseveramos en esta orientación, avanzaremos seguros en medio de las sombras que envuelven al mundo en esta hora aciaga. No sé si todos los que nos encontramos aquí, celebrando la gloria de la Resurrección, alcanzaremos a ver la claridad que indefectiblemente vendrá a disipar las tinieblas.

No siempre los que cosechan son los que

siembran, pero a éstos nadie les robará el testimonio de su conciencia ni nadie les quitará la sanción con que Dios lo recompensa. Por ahora bástenos la convicción de que más tarde o más temprano resplandecerá la verdad y reinará la libertad.

El Profeta Isaías vió la caída de Babilonia con todo el cortejo de sus dioses. Las tinieblas envolvieron aquel desastre y sobrevino una noche oscura. Una voz de misteriosas resonancias exclamaba: "Vigía, ¿qué dices de la noche?, ¿qué nos auguras?" Hago mía la respuesta: ¡Albricias! Ya despunta la aurora, ya amanece. Pero para que el nuevo día sea para el mundo entenebrecido día de verdad y de libertad, añadiré con el Profeta: "**Convertimini ad Deum**, volveos a Dios y confiad en El. Le estabais dando la espalda para correr en pos de los incentivos terrenos, cuyo término fatal es el caos. Volveos a Dios y confiad en El. Su vitalidad es infinita. En nada se disminuye haciendo revivir a cada individuo que resuelve retornar a El. El sol no disminuye el poder de su luz y su calor por cada uno de los átomos que son vivificados por sus infinitos destellos. En nada se debilita al reavivar el fuego del amor cristiano en el seno de civilizaciones congeladas por el egoísmo y al parecer próximas a morir.

Y aun cuando individuos y colectividades

hubiesen muerto a la fe, a la esperanza y a la caridad viviendo sólo en la materia, el Divino Resucitado posee en su plenitud indefectible la vida para poderles decir como a Lázaro en el sepulcro: ¡Levántate de tu prostración y vuelve a la vida verdadera y completa viviendo también la del espíritu! Estos son los augurios con que os saludo y os bendigo diciéndoos: ¡Felices Pascuas!

* * *

OBRAS COMPLETAS DE MONSEÑOR MIGUEL DE ANDREA

- 1—Tomo I: EL EVANGELIO Y LA ACTUALIDAD.
- 2—Tomo II: EL EVANGELIO Y LA ACTUALIDAD.
- 3—Tomo III: LA PERTURBACION SOCIAL CONTEMPORANEA.
- 4—Tomo IV: CATOLICISMO SOCIAL.
- 5—Tomo V: MARAVILLAS DE LA FE.
- 6—Tomo VI: A LA PAZ POR LA CARIDAD Y LA JUSTICIA.
- 7—Tomo VII: DISCURSOS Y SERMONES.

Cada vol.: Cna. \$ 9.— R. \$ 7.—

DISCURSOS Y SERMONES DE MONSEÑOR DE ANDREA EN FOLLETOS

AMAR	R.	\$ 0.30
AMOR AL TRABAJO	R.	„ 0.30
AMOR DE FRATERNIDAD	R.	„ 0.30
AMOR FRATERNO	R.	„ 0.30
AÑO SANTO, EL; Esp. \$ 0.60	R.	„ 0.30
ARMONIA DE CLASES	R.	„ 0.30
AYER Y HOY	R.	„ 0.30
CAPITAL Y EL TRABAJO, EL; Especial \$ 0.60 ..	R.	„ 0.30
CIVILIZACION MATERIALISTA O CIVILIZACION ESPIRITUALISTA	R.	„ 0.30
CONFIAR	R.	„ 0.30
CONSECUENCIAS DE UN LLAMADO; Especial \$ 0.60	R.	„ 0.30
DERECHOS Y DEBERES	R.	„ 0.30
DISYUNTIVA FINAL, LA;	R.	„ 0.30
F.A.C.E. EN SUS BODAS DE PLATA, LA;	R.	„ 0.30

HACIA UN MUNDO SIN ODIOS	R.	\$	0.30
HOGAR DE LA EMPLEADA	R.	"	0.30
HORA DE DEBERES - La fuerza victoriosa del Es- píritu	R.	"	0.40
HUMANIDAD Y BONDAD — EL PROBLEMA DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX.....	R.	"	0.30
IGLESIA Y LA DEMOCRACIA, LA;	R.	"	0.30
JUSTICIA SOCIAL. Especial \$ 0.60	R.	"	0.30
JUSTICIA SOCIAL CON CARIDAD	R.	"	0.30
LECCIONES DE MI RECIENTE VIAJE	R.	"	0.30
LIBERTAD ESENCIAL, LA; Especial \$ 0.60	R.	"	0.30
LIBERTAD FRENTE A LA AUTORIDAD, LA; Es- pecial \$ 0.60	R.	"	0.30
LIBERTAD SINDICAL. Especial \$ 0.60	R.	"	0.30
LLAMADO MATERNO	R.	"	0.30
MENSAJE DE FATIMA, EL;	R.	"	0.30
NECESIDAD URGENTE DE UNA CRUZADA ESPI- RITUALISTA. Encuadernado \$ 1.20	R.	"	0.40
OBISPOS SOCIALES, LOS;	R.	"	0.30
PAZ	R.	"	0.30
PAZ SEA CON VOSOTROS, LA;	R.	"	0.30
PROBLEMA DEL HOGAR DE LA EMPLEADA SIN FAMILIA, EL;	R.	"	0.30
PONTIFICADO Y LA DEMOCRACIA, EL;	R.	"	0.30
RENOVACION ESPIRITUAL	R.	"	0.30
RESURRECCION	R.	"	0.30
SANTA TERESITA MISIONERA CONTEMPORA- NEA DE LA HUMANIDAD	R.	"	0.30
SINDICALISMO	R.	"	0.30
SINDICALISMO Y LIBERTAD	R.	"	0.30
TRES BELIGERANCIAS, LAS	R.	"	0.30
VERDADERA DEMOCRACIA, LA; Esp. \$ 0.60 ..	R.	"	0.30

Se terminó de imprimir en los Talleres
Gráficos "Pedro Goyena", Herrera 541,
Buenos Aires, el día 10 de abril de 1953,
festividad de San Ezequiel. - 2627-oaaa